

BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN, (comp.). *Cultura y tercer mundo: 1. Cambios en el saber académico. 2. Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas: Nueva Sociedad, 1996.

Como indica el título de esta colección, el saber académico, sus crisis de autodefinición y la relación de éste con identidades no hegemónicas son el hilo temático que conduce la selección de estos ensayos. Colección que incluye, traducidos al castellano, textos de críticos como Frederic Jameson, Gayatri Spivak, Edward Said y Aijaz Ahmado, así como textos de latinoamericanos y latinoamericanistas de la academia estadounidense como John Beverly, Sylvia Molloy, Walter Mignolo, Francine Masiello y Norma Alarcón. Estos son textos que proponen formas de estudio y de pensar que abren un diálogo con textos de académicos latinoamericanos como Nelly Richard, Graciela Montaldo, Néstor García Canclini y Beatriz González. Parte del interés que puede suscitar esta colección es la utilidad, diría didáctica incluso, de tener reunidos en un par de tomos ensayos que indagan temas centrales de los debates sobre los estudios culturales. En particular, estos ensayos abarcan temas sobre lo poscolonial y las modernidades en el mundo angloparlante e Hispanoamérica, dos áreas de estudio académico que con frecuencia parecen ignorarse mutuamente. Esta colección abre un espacio donde los debates sobre la teoría y la práctica académicas desdibujan fronteras y territorios para ofrecer una muestra de los cuestionamientos básicos que implican los estudios culturales. Quizás central en esta colección sea el extenso ensayo de Gayatri Spivak sobre la responsabilidad de la práctica académica, “Responsabilidad” (tomo 2, 49-119), que refiere a la problemática del subalterno y sus silencios frente a discursos hegemónicos y enfrentados a éstos. La preocupación que Spivak quiere establecer es para ella personal y parte de la preocupación filosófica fundamental del “¿qué es ‘pensar’?” y, sobre todo, ¿cuáles son las consecuencias del pensar o del pensamiento?. Spivak señala que “el examen decisivo de un ‘pensamiento’ intelectualmente claro —que pueda construir caminos sistemáticos y modos de evitar riesgos lógicos a través del perfeccionamiento del conocimiento—, debe consecuentemente estar en “acción” (el elemento en el cual está la noche riesgosa del no-conocimiento)” (58-59). Para esto, Spivak comienza examinando una relación extrema entre el pensamiento y la responsabilidad, el caso de Heidegger, de su filosofía y su relación con el nazismo. Esta es una relación particularmente delicada para la traductora de Derrida, cuya desconstrucción parte del concepto heideggeriano de la “Destruction”.

Spivak propone una y otra vez una lectura “cuidadosa”; leer con cuidado es el gesto que aparece una y otra vez en este ensayo. Es en este cuidado en la lectura donde yace para la autora la responsabilidad; el gesto de Spivak es una condena a la actitud feliz y hasta complaciente de lo que ella ve como una academia liberal incapaz de reconocer las consecuencias, la propia responsabilidad de su pensamiento a partir del sistema de explotación que la sostiene y enraizado en éste. En un gesto muy propio, Spivak procede a analizar los discursos y los textos que ensamban una conferencia académica patrocinada por el partido Verde del Parlamento europeo sobre un plan de control de inundaciones en Bangladesh para concluir con el silencio del subalterno ante las instituciones y sus proyectos de intervención.

Si el texto de Spivak se preocupa de las contradicciones inherentes, pero selectivamente invisibles, a los discursos institucionales en el contexto internacional, el artículo de Edward

Said, "Representar al colonizado: Los interlocutores de la antropología" (tomo 1, 23-59) busca o presenta la posibilidad de "nuevas formas narrativas" como resultado del exilio, la inmigración y otros traslados (58) en los mismos espacios académicos. Said habla, parafraseando a Raymond Williams, de culturas como "zonas de control o de abandono, de recolección o de olvido, de fuerza o de dependencia, de exclusividad o de comunidad" (58) que se entrecruzan y enriquecen a partir de mecanismos de intercambio. El llamado de Said para que las ciencias humanas luchen contra los enormes obstáculos del imperialismo" (59) hace eco de la preocupación de Spivak en cuanto a la responsabilidad académica.

El artículo de Nelly Richard, "Signos culturales y mediaciones académicas" (tomo 1, 122), abre esta colección y de cierta manera sienta las bases que dan forma al criterio de selección del primer tomo. Desde una aproximación semiótica, Richard hace una genealogía de los estudios culturales como una "transdisciplina" que "desborda las fronteras académicas de división y clasificación de los objetos de estudio mezclando diferentes prácticas teóricas en cruces de saberes plurales e interactivos" (2), cuyo origen lo marca la creación del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham a fines de los años sesenta. Richard cita a Stuart Hall para describir los textos formativos de los miembros de este instituto como textos que se enfocan en las presiones inmediatas del momento y la sociedad en que fueron escritos; textos organizados a través de estas presiones y constituidas como respuesta a las mismas (3). Tras bosquejar las características principales de los estudios culturales y su historia, el trabajo de Richard procede a discutir el "latinoamericanismo" de la academia estadounidense en términos de lo que la autora describe como "teorizaciones metropolitanas y prácticas locales" (12) haciendo énfasis particular en el caso chileno y los errores de interpretación y cegueras de las ciencias sociales y sus practicantes tanto latinoamericanos como estadounidenses. De particular interés resulta la discusión del posmodernismo, Latinoamérica y el latinoamericanismo en términos de los "signos en uso" y su relación con el "centro" metropolitano. Beatriz González propone en el prólogo del tomo primero la posibilidad de que nuevas formas del saber académico se institucionalicen en una reterritorialización de los signos de la alteridad y marginalidad que sean administradas desde jerarquías geopolíticas de autoridad bajo el mote del poscolonialismo. El artículo de Walter Mignolo, "Herencias coloniales y teorías postcoloniales" (tomo 1, 99-136), es un ejemplo de la manera en que el poscolonialismo y lo poscolonial aparecen en la crítica latinoamericanista y el debate suscitado por su uso en ésta. Mignolo entiende la razón poscolonial, nuevamente en términos de los espacios del saber, como "un grupo diverso de prácticas teóricas que se manifiestan a raíz de la herencias coloniales, en el cruce de la historia moderna europea con las historias contramodernas coloniales" (101). A partir de este supuesto, Mignolo pasa a describir el campo terminológico del poscolonialismo en la crítica de habla inglesa y sus expresiones en las críticas latinoamericana y latinoamericanista. El trabajo de Mignolo es extenso y responde de cierto modo a la preocupación por hallar un término para las nuevas disciplinas del saber académico en el latinoamericanismo. Este artículo es una articulación de la problemática que llevara al autor a proponer en trabajos más recientes al "postoccidentalismo" como la caracterización crítica de la contemporaneidad latinoamericana y su pensamiento.

En el estudio de John Beverly, "¿Postliteratura? Sujeto subalterno e impasse de las humanidades" (tomo 1, 137-166), puede verse el meollo de los temas que desarrolla Beverly

en *Against Literature* (1993); entre ellos, la preocupación del crítico por las categorizaciones que marcan a un texto como “literario” y sus consecuencias en términos del poder y las relaciones sociales que se establecen a partir de la exclusión que lo literario implica. Beverly propone un “psicoanálisis de la literatura” (166) no para “curar” ni liquidar al sujeto de este proceso sino para “reformarlo sobre nuevas bases” (166). Bases que implican un “modelo horizontal de la relación entre nosotros y lo subalterno ... [que cuestionen] el privilegio estructural que la historia del colonialismo y el imperialismo nos concede” (160).

El trabajo de Frederic Jameson, “Sobre los estudios culturales” (tomo 1, 167-232), es una lectura y reflexión sobre el conocido libro *Cultural Studies* de Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (1992), en el que el crítico repasa las proposiciones de ese texto y presenta su posición frente a los estudios culturales y sus aspectos globales y locales.

El tomo segundo de esta colección es una serie de artículos cuyo enfoque parte de localidades o casos específicos en que las técnicas y las características transdisciplinarias de los estudios culturales resultan de especial utilidad. El artículo de Sylvia Molloy, “Diagnósticos del fin de siglo” (tomo 2, 171-200), por ejemplo, es una lectura muy fina de las patologías sociales y literarias que ensamblan la obra y personaje de José Ingenieros y la noción de “desvío” en el Buenos Aires de la primera mitad de este siglo.

Por su parte, Graciela Montaldo en “Nuestro Oriente es Europa” (tomo 2, 201-220) realiza una lectura de los viajes de Sarmiento como una máquina que se alimenta de discursos del archivo europeo para establecer, desde la perspectiva del territorio, la re-orientación de la dicotomía América-Europa. Y, en un gesto similar de re-territorialización, Norma Alarcón, en “La frontera de Anzáldúa: la inscripción de una ginocrítica” (tomo 2, 121-146), estudia la obra de la autora chicana como la propuesta de un sujeto en reinscripción continua que se nutre de lo que Alarcón entiende como una entidad, una encrucijada en alteridad perenne que produce una obra que busca experimentar la dislocación y sus excesos.

La nación y sus “nuevos” sujetos no está excluida de esta colección. El trabajo de Néstor García Canclini, “Comunidades de consumidores: Nuevos escenarios de lo público y la ciudadanía” (tomo 2, 1-16) es una discusión de lo que el crítico presenta como la articulación de “viejas prácticas políticas y las maneras de consumir y actuar públicamente en las sociedades latinoamericanas” (2). A partir de esta aproximación, García Canclini propone la idea de “comunidades interpretativas de consumidores” (12) en las que entra la lectura y consumo de ciertos bienes que articulan identidades más allá de la nación y sus fronteras a la vez que redefinen los debates sobre el espacio social y el público.

La nación, esta vez en términos del sujeto ciudadano y su disciplinamiento, es el objeto de estudio en el trabajo de Beatriz González Steplian. “Economías fundacionales: Diseño del cuerpo ciudadano” (tomo 2, 17-47). González Stephan identifica un momento fundacional en la formación del Estado latinoamericano post-independentista enfrentado a un vasto territorio y a la labor de ordenarlo mediante procesos escriturales. La discusión de González Stephan parte de un vasto *corpus* textual del siglo XIX venezolano que incluye constituciones, gramáticas, planes urbanísticos y manuales de urbanidad e higiene. González Stephan lee con Ángel Rama y Foucault en estos textos la misión disciplinaria del Estado y su regimentación de los espacios públicos y privados y los cuerpos físicos y sociales de la ciudadanía a partir de dictados externos. A partir de la letra, el letrado patria del siglo XIX

buscó la instauración de sueños y mitos nacionales sobre “ciudadanos blanqueados y ascépticos” (47).

*Cultura y Tercer Mundo* es una selección amplia y ambiciosa de textos que proponen el análisis de la problemática y las crisis del saber y la alteridad en el campo del latinoamericanismo y sus relaciones extra-metropolitanas. Como colección, ofrece una apertura a amplios debates sobre la academia y su función a la vez que ofrece ejemplos de nuevas posibilidades de lectura y puesta en escena del saber.

Tulane University

JACINTO FOMBONA

SYLVIA MOLLOY. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Escribiendo sobre el acto de escribir una introducción Sylvia Molloy afirma que este espacio inicial comparte con la autobiografía la marca de la prosopopeya: “el texto terminado necesita un rostro, necesita que se lo haga hablar con la voz de su autor, una última vez. Una introducción brinda, precisamente, la ocasión de hacerlo; constituye la última vez en que uno habla en lugar del texto y también, perturbadoramente, la primera vez en que uno comienza a percibir la distancia que lo separa del texto”. Este parecido entre un texto que necesita otra voz que la suya propia y el movimiento del autobiógrafo dispuesto a realizar una hazaña imposible —narrar la “historia” de una primera persona que sólo existe en el presente de su enunciación— es lo que despierta el interés crítico: este libro se escribe para saber cómo hacen los textos autobiográficos de autores hispanoamericanos para otorgarle una forma convincente a esta imposibilidad. La elección del siglo XIX y del siglo XX tiene que ver con la crisis de autoridad que supone el momento de la independencia, el reemplazo de un orden recibido por un orden producido y la indagación se pregunta por el modo en que esta crisis se incorpora en la textura misma de la autfiguración hispanoamericana. Al abordar la compleja relación entre autobiografía e historia, Molloy descarta la posibilidad de que *todos* los textos privados sean de algún modo alegorías nacionales como lo querría Jameson. “Libre de la tiranía alegórica, su propuesta crítica deja que la preocupación nacional reverbere en el texto como escena de crisis, siempre renovada, siempre necesaria para la retórica de la autfiguración”. Pero si en el siglo XIX el sujeto autobiográfico debía recurrir a tácticas de autovalidación que incluían pretensiones de historicidad, o de utilidad pública y necesitaba apelar a los vínculos de grupo y al testimonio como carta de triunfo —excluyendo explícitamente los relatos de infancia que no podrían ingresar a la Historia—, al llegar al siglo XX estas técnicas ya se han incorporado a una retórica autobiográfica y continúan dando forma al discurso de la autorrepresentación en Hispanoamérica.

Elegiré para estas líneas dos capítulos de *Acto de presencia* que considero puntos culminantes de la reflexión crítica de Molloy. El primero “El lector con el libro en la mano”, cuyo protagonista principal es Sarmiento, forma parte, a su vez, de la primera parte del libro, titulada “La escena de lectura”.

Se reúnen allí trabajos dedicados a textos tan dispares en el tiempo y en su lugar de enunciación como la autobiografía del esclavo cubano Juan Francisco Manzano, escrita